



Año I.

Director: Pelayo Vizueta

Núm. 2.^o

Celebridades.



Echegaray.

Es una de las más salientes figuras de la Europa contemporánea. Castelar llegó á compararle con Goethe y Leonardo de Vinci por la universalidad de sus conocimientos; y, aunque yo haya de apartarme buen espacio de la opinión del tribuno del siglo, habré de confesar que asombra la rica y variada fuerza intelectual del ilustre matemático.

Los problemas científicos no son los únicos que ponen en actividad tan privilegiado cerebro: también nos presenta puntos trascendentales de derecho y de sociología en sus discutidas creaciones dramáticas; pero en la resolución de tales problemas antes se ve la fisonomía del poeta que la del

jurisconsulto ó la del sociólogo, como ocurre siempre que se es verdadero poeta.

Los dramas de Echegaray han levantado grandes tempestades en el público y en la crítica. Ya impregnado de un romanticismo que no cabe en el cuadro de nuestro tiempo, ya realista hasta el extremo de hallarse en pugna con la realidad estética, nuestro autor ha hecho desfilar por las tablas caracteres admirables y personajes inmundos. Acaso el genio disfrute de libertad para ofrecer desnuda el alma humana, y sin los atavíos del arte la propia naturaleza; quizás á los grandes maestros les sea lícito presentarnos la vida con toda su majestuosa grandeza y sus tremendos horrores; pero no estaría demás que en tales casos se tratara de cubrir con los encantos de la estética las pasiones que repugnan y las miserias ó desnudeces que sonrojan.

Los personajes que Echegaray imagina, á veces nos seducen con la belleza del hablar, la profundidad del discurrir y la lógica del obrar; en ocasiones subleban nuestro espíritu con su salvaje desnudez ó encienden nuestras ideas con su estrambótico pensar. Don Lorenzo encanta; Loreto repugna. *O locura ó santidad* será siempre una de mis obras favoritas; *Cómo empieza y cómo acaba* es uno de los más grandes yerros de Echegaray, aunque haya sido uno de sus mayores y más tempestuosos triunfos.

La labor científica del maestro es muy importante. Desde hace algún tiempo se reduce á breves trabajos de vulgarización; pero asentó con firmeza su renombre con los *Problemas de Geometría*, la *Introducción á la teoría matemática de la luz*, la *termodinámica* y los *Problemas de Análítica*, y singularmente con su hermoso libro *Teorías modernas de la Física*, que honra á D. José y nos honra á todos.

Don Gil de las Calzas Verdes.

CUENTECILLO

—... A mí una tortilla á la francesa.

—Para dos.

—¿Y después?

—Tráigase un pollo con tomate, dos botellas de Rioja, queso y fruta.

Salió el camarero, asegurándose por fuera de que la puerta estaba bien cerrada, y dejando á los dos sentados en la *chaise-longue*.

—¿Qué pensará de mí ese hombre—dijo Emilia á Luis—al ver que contigo me encierro en este cuarto?

—Creerá que eres una de tantas.

—Ya ves adonde me traes.

—Y ¿qué quieres que haga? No podemos pasear para que no te vean, y yo necesito hablarte y hablarme necesitas.

—Esta vida es imposible. Mira, yo no sé hablar; es decir, no sé hablarte, pero pienso mucho; todo el día y toda la noche estoy pensando en ti y en esta situación nuestra.

—Sí, pasas la vida pensando; pero nada más. Tus veintiún años se convertirán en cincuenta, tu pelo negrísimo tornaráse blanco, tus redondeces caerán abatidas por el tiempo, y únicamente quedarán en pie tus ansias de ventura, tus anhelos de amor, las nostalgias de tu alma, que no ha cumplido la misión de las almas encarnadas en la carne: la misión de amar.

—Sí, sí, tienes razón; pero yo no quiero faltar de obra al padre de mi hijo. ¡Bastante le falto con el pensamiento!

—Pues entonces ésta será la última vez que nos veamos...

—No digas eso, Luis. De hoy en adelante nos veremos más, estaremos juntos siempre, te querré mucho, mucho, ¿entiendes?...

Emilia dijo estas palabras atropelladamente, relampagueando sus grandes ojos negros como si ya viviera la vida que soñaba.

—Mira—continuó,—como tienes poco dinero para atender á tus necesidades, mal puedes atender á las mías, aunque son pocas, ni á las de mi pobre hijito, de ese hijito á quien no puede ver su padre porque le molesta cuando llora. A ti no te molestará, ¿verdad que no? Pues bien, como yo sé peinar divinamente—dijo Emilia con airecillo de petulancia estas palabras,—busco parroquia, y con lo que gane y con lo que tú me puedas dar, me separo de ese hombre aborrecido y viviremos como marido y mujer que se adoran.

—Eso no puede ser, Emilia. Vive en mi casa una viejecita adorable, tiene rancias ideas y añejas costumbres. Ella no comprende que un hombre y una mujer, aunque sean muy jóvenes, se amen, practiquen la religión del amor sin haberles echado antes la bendición el cura. Esa viejecita es mi madre: casado, la llevaría al lado de mi mujer; no casado, no puedo llevarla junto á ti, y hacerte mi mujer es imposible.

—¡Imposible, imposible!—repitió Emilia con tono de honda tristeza.—Es verdad. Yo he dejado de ser honrada para ser víctima. Cuando ese hombre me sacó de su casa, teniendo yo diez y siete años, y en la que vivía como niñera, dejé de ser honrada: tu madre no puede estar á mi lado. Pero á ti mi deshonra no te inquieta; pasas por ella, quieres agrandarla trayéndome á este sitio, en el que hay un sofá muy ancho y en el que el camarero sirve de comer y de beber, sobre todo de beber. Tú invocas la santidad del honor para ti, y con que se salve esa santidad ya está todo arreglado, aunque yo tenga que pasar por la falsía, por el fingimiento, por la perfidia. Tú quedas en donde estás, y yo, más deshonrada aún, no voy á dejar de ser víctima. No, Luis; él á cambio de su dinero me exige fidelidad, esa fidelidad que exigis los hombres, y le soy fiel y no le falto.

PRÓLOGO DE UN LIBRO (1)

Desde que algunos estetas, que no acertaban á componer versos, decretaron la abolición de la forma poética, se necesita más valor para publicar un libro de rimas que para atravesar la Plaza de Toros después del despejo, porque la *grita* es segura.

Tal es el heroísmo de la muchedumbre cuando acomete á un hombre solo.

¡Pobres poetas, inocentes adoradores de las musas que, extraviados en la in-cuenta caza de doradas ilusiones y revoltosas maripositas, hartos de rayos de sol y luna y de elluvios de tomillo, cantueso y mejorana, pero ayunos de más prosaicos elementos, tendéis la mano hacia los frutos de la tierra, que Dios crió para todos, tened cuidado, porque, excepto las zarzas del camino que están á vuestra disposición, todo lo bueno es de alguien, toda fruta tiene dueño, todo terreno está cercado, vedado de caza y pesca y defendido por guardia negra de *alabarderos* y por la consabida recova de *perros del hortelano*!

¿Queréis gloria? Pues entendeos con el sindicato de la sociedad cooperativa y monopolizadora de las hojas del laurel.

¿Lucháis por la vida? Pues no imitéis á las águilas caudales que, por remontarse hasta las nubes, no cazan ni aun moscas.

Copiad la astucia de las urracas, ladronas de joyas literarias.

¡Publicar versos en España! Caso heroico de cruz laureada.

¡Pasar la vergüenza de exhibir el alma desnuda en los escaparates de librería; arrancarse, con los puntos de la pluma, entretelas y pedacitos del corazón para colocarlos en artísticas columnitas de versos que se deslizan entre las blancas márgenes del papel como arroyos murmuradores de alegrías y penas, de angustias y esperanzas que á nadie le importan!... Y todo por el gustazo de merecer de los lectores: un aplauso que no se oye; una lágrima que no se ve; la estimación de los desconocidos; y, como suprema recompensa, la sonrisa benévola del librero editor (si el libro se vende); pero ¡ay si se vende el libro!

Entonces se levantan contra el poeta hasta las piedras de la vía dolorosa; y cuando, roto el laúd por la pedrea de silbante golfería, alza el trovador los ojos pidiendo misericordia, ve caer sobre las páginas de su libro, y nada menos que desde los cielos del arte, bandada implacable de auras tiñosas, cazadoras de gaza-pos retóricos y sabandijas gramaticales, y que en esta tierra, así como en algunas ciudades americanas, por prestar el servicio de la limpieza pública son respetadas como animales... sagrados.

¡Buen país para poetas líricos es éste donde se divierten los niños en apedrear á los ruisenores!

Pero la juventud tiene fe de mártir, y de la nueva generación que viene á cambiar ilusiones por agravios y cantares por denuestos, me cabe el honor de presentar á ustedes al poeta D. Vicente Casanova, modelo de entusiasmo y, sobre todo, de perseverante benevolencia, pues en discusión de dos horas y media no he logrado convencerle de mi absoluta incapacidad y falta de categoría para ejercer el cargo de prologuista.

* * *

Desconociendo en absoluto los métodos de análisis literario-integral ó diferencial necesarios para demostrar científicamente que los versos del Sr. Casanova son tan buenos como me lo han parecido, he aceptado, sin embargo, la honra de fir-

(1) Este prólogo, escrito para un hermoso libro de versos del notable poeta D. Vicente Casanova, es digno de que en él pongan su atención grandes y chicos de entendimiento. MISCELÁNEA se honra dándole á conocer antes de la publicación del libro, y agradece al autor su atención para con nosotros. (N. de la B.)

mar en este lugar preferente, por imaginar que se me ofrece con objeto de que el nombre obscuro y olvidado del recomendante sirva de humilde anuncio á las modestas aspiraciones del recomendado, y procuraré no perpetrar el antiguo abuso de confianza, que consiste en que el prologuista aprovecha la ocasión para hacer un ingenioso reclamo en beneficio propio, escribiendo mucho de lo que le importa y muy poco del libro que se le confía.

.*

Agradablemente entretenido con las bellezas que los bien intencionados hallarán en estas poesías, no he puesto el menor cuidado en averiguar si el autor observó fielmente todas las reales órdenes, pragmáticas, ordenanzas y bandos de los dómines, ni creo que *las reglas* sirvan de gran auxilio á los artistas, como lo demuestra el siguiente recuerdo de mi juventud:

Era yo alumno de Estado Mayor, y el profesor de la clase de Arte militar me dió la orden de escribir un juicio crítico de la batalla de Leuctria.

Cogí los planos de Kausler, leí la descripción del combate y observé que el estratega, ó general tebano Epaminondas, había colocado delante de su ejército á los elefantes de guerra; éstos, heridos por los dardos del adversario, volvieron grupas, y, en su fuga, desordenaron al ejército, que fué derrotado por el enemigo.

Y yo, estrenándome como crítico, con la frescura que éstos gastan y con asentimiento de mi profesor, puse como un guiñapo á Epaminondas y proclamé la infalibilidad de la regla siguiente:

«Los elefantes no deben ponerse á vanguardia.»

A los pocos días me encargó el mismo catedrático la crítica de la batalla de Mantinea, dada por el mismo Epaminondas, y ¡cuál no sería mi apuro al enterarme de que el *distinguido* guerrero había reincidido en la falta de colocar los elefantes á vanguardia, con la diferencia de que esta vez, hostigados por los tebanos, los terrores paquidermos habían arrollado la línea enemiga... y Epaminondas triunfó en Mantinea... por lo mismo que había sucumbido en Leuctria!

Con la imperturbable serenidad del crítico tomé la discreta resolución de cambiar de parecer, y afirmé lo contrario de lo que había proclamado, esto es:

«Los elefantes deben ponerse siempre á vanguardia.»

Gracias á mi justicia quedamos: rehabilitado el pobre Epaminondas, y yo, seguro de su eterno agradecimiento; pero al salir del aula fuí diciendo para mi capote ruso:

—«Las batallas no salen de las reglas; las reglas se sacan de las batallas.»

Si de las reglas saliera la hermosura, los profesores de Estética menos favorecidos por las Gracias, serían padres de los niños más hermosos.

.*

Creo que el Sr. Casanova es inspirado escritor más atento á la belleza intrínseca que á la forma externa, convencional y variable; y no lo *aseguro*, conceptuando que la crítica no tiene más valor que el de una opinión particular, en este caso desautorizada, por ser mía, y además porque, distraído con la gallardía de los conceptos, no he reparado en la longitud ni acentuación de los versos.

Quizás á alguno de los sabios literarios que ejercen las útiles funciones de agentes de policía retórica se le hinchén las narices si, por andar á rastras, tropieza con cardos y hortigas en vez de aspirar en pie el perfume de rosas y violetas que se desprende de esas páginas, exuberantes de juventud y vida.

Yo, que no tengo ni quiero la borbola de doctor en cánones artísticos, porque dudo de la eficacia de todas las fórmulas del álgebra poética para atraer y medir ese rayo de luz del cielo que se llama inspiración, declaro en nombre del vulgo, á que tengo la honra de pertenecer, que el ensayo del Sr. Casanova es digno del modesto aplauso que le enviamos desde el asiento del paraíso que en el templo del Arte nos corresponde, los pobres de fama, ricos de corazón y limpios de envidia.

Leopoldo Cano.

¡No hay que abusar!

(MONÓLOGO DE UNA VIRGEN)

«Una vez vino á pedir
un favor particular
cierto joven á mi altar
y así me empezó á decir:
—¡Oh, Virgen! lleno de fe
te pido á tus plantas yo
la habilidad que explotó
Gayarre (que en gloria esté).

Oí con amor profundo
lo que me estuvo pidiendo;
le servi, y hoy anda haciendo
Lucrecias por todo el mundo.

Llegó tras el referido
otro fiel, todo afeitado,
y dijo, ante mi postrado,
con acento conmovido:

—¡Señora, vamos á ver
si me otorgáis un favor!
¡Madre mía, un matador
como el Guerra quiero ser!

Y le servi de cabeza
cuando vi su fe y su traza,
y hoy anda de plaza en plaza
matando con gran destreza.

Ambos en su petición
fueron servidos al fin;
mas quedé en mi camarín
haciendo esta reflexión:

«¡Es mucho aspirar al nombre
del que ha llegado á la cumbre!
¡A mí me da pesadumbre
la gran ambición del hombre!»

Estaba pensando así
cuando al altar se acercó
cierto sujeto y cayó
de rodillas ante mí,
y dije para mi manto:
«De fijo que á éste le afronto
mejor, pues parece tonto
y no ha de pedirme tanto.»

¡Mas cómo me equivoqué
respecto á lo que pidió!
¿Sabéis con lo que salió?
Pues, bueno, yo os lo diré.

Me dijo:—¡Virgen bendita,
á ti me acojo contrito.
La habilidad necesito
de Gayarre y de Guerrita,
y así ganaré ¡la mar!
¡y me podrán aplaudir
por la tarde al *recibir*
y por la noche al cantar!

«¡Demontre con el gachó!»
(dije al punto, aunque ya sé
que ésa es una cosa que
no la debo decir yo).

Y encarándome enseguida
con él, que ante mí postrado
me contemplaba embobado,
le dije muy decidida:

—¡Tanto quieres abarcar?
Pues no te voy á servir.
¡Contra el vicio de pedir
hay la virtud de no dar!»

Por la copia,

Juan Pérez Zúñiga.



LOS IMPIOS

En nuestra tertulia de Fornos, compuesta de mozuelos de veinte á veinticinco años, aquel viejecillo de faz rugosa, de ojos brillantes, pulcro y atento, que de vecino de mesa se convirtió en consocio, era una nota discordante.

Al principio nos disgustó la intrusión de la momia, como llamábamos al viejo; pero como para quitárnoslo de encima apeláramos al recurso de variar de mesa, y él, sin darse por entendido, fuera á buscarnos, resignámonos á soportarle, prometiéndonos hacerle blanco de nuestra diversión.

Pero la cosa era difícil. D. Basilio era un hombre muy bien educado y jamás nos dió motivo de rencilla. Además, observamos que ponía empeño en sernos agradable, y cuando creía que su intervención podía causarnos molestia, guardaba silencio, conformándose con mirar y sonreír á unos y á otros.

Solamente un flaco sorprendimos en él: la fe religiosa. D. Basilio era un creyente á macha martillo. Con malévola intención, sólo disculpable en la gente joven, nos propusimos atacarle por este lado, ya que de ningún otro modo conseguíamos sacarle de sus casillas. Pero él rehusó con prudencia, aunque contristado, hasta que nosotros, á fuerza de acosarle, de zaherirle y de alardear de impiedad, logra-

mos que saltara. El pobre viejo quería convencernos con razones, pero como nuestro afán era armar gresca, exacerbalo y discutir, no le dejábamos hablar, y complaciéndonos en mortificarle, vomitábamos pestes contra lo divino, que escandalizaban al pobre hombre.

Días hubo en que la algazara fué tan tremenda que el viejecillo no encontró más recurso que tomar su sombrero, su bastón y sus guantes y salir de estampía, con los ojos llenos de lágrimas.

Con esto creímos que acabaría por abandonar nuestra tertulia... Pero ¡que si quieress! A la siguiente noche ya estaba D. Basilio allí, como si no hubiera pasado nada ó como si una fuerza irresistible le arrastrase, á pesar suyo, hacia nosotros.

..

En vano pretendimos explicarnos la razón de aquella simpatía. Porque el que más se preciaba de conocer al pobre anciano aseguraba que no tenía afecciones de ninguna clase, que vivía solo, completamente solo, sin más auxilio que el que podía prestarle una asistenta que iba diariamente á limpiar las cuatro habitaciones de su casa, á servirle el chocolate y á tender las ropas de su lecho. Almorzaba y comía en un restaurant y de sus quehaceres no sabíamos jota, porque jamás hablaba entre nosotros de la inversión que daba á su tiempo ni de los medios de que disponía para vivir.

Le teníamos por un solterón egoísta y fanático.

* *

Pero habíamos llegado á sentir por él algún afecto, y el día que faltaba no había animación en nuestra tertulia, porque, preocupados con el motivo de su ausencia, no encontrábamos medio de que prosperase tema alguno que se pusiera sobre el tapete.

Al cabo de dos años, una vez fué su ausencia más larga. Tres días seguidos faltó al café, lo cual nos hizo pensar en que algo grave debía sucederle. Convinimos en que era necesario informarse y acordamos ir á su casa dos de nosotros, representando á todos los demás. El camarero nos indicó su domicilio, y una mañana, á eso de las once, llamábamos á la puerta Luis Carpio y yo.

Nos franqueó la entrada una vieja sirvienta á la que expusimos el objeto de la visita.

—El señor está muy malo. El médico ha dicho que quizá no salga de hoy.

Ibamos á retirarnos impresionados dolorosamente, cuando llegó hasta nosotros la voz del viejecillo, que gritaba con ansiedad:

—¡Que pasen, que pasen!...

..

En los cuatro días que habíamos dejado de verle, D. Basilio había cambiado totalmente. Inmóvil en el lecho, parecía marcarse en su rostro las señales de una muerte próxima.

—¡Ustedes por aquí!—exclamó tratando de incorporarse y mirándonos con alegría.—Los he reconocido en la voz... ¡Cuánto se lo agradezco á ustedes!...

Y notamos que se emocionaba profundamente al decir esto.

Procuramos tranquilizarle; él nos rogó que nos sentáramos y continuó:

—No pueden ustedes figurarse lo triste que es ver llegar la muerte hallándose solo... sin un ser amigo á quien confiar las propias penas y de quien recibir esperanza y consuelo. Desde que estoy en cama nadie ha venido á verme, ¡quién había de interesarse por este viejo inútil... y yo temía morir sin arreglar antes mis asuntos. Ustedes son los únicos que se han interesado por mí. ¡Dios los bendiga! Desde hace muchos años soy un parásito en el mundo.

Tratamos de cambiar la conversación; pero él, comprendiéndolo, apresuróse á interrumpirnos.

—No no; necesito hablar... necesito pedirles á ustedes un gran favor. La idea que más me atormenta es morir sin encontrar á quien confiarle lo que dejo... ¿Ven ustedes cuán bueno es Dios... que en este trance me concede la felicidad de en-

viarme amigos cariñosos que harán cumplir mi último deseo? ¡Oh!... sí... es un deber sagrado la voluntad de un moribundo... ¿No es verdad que ustedes respetan estas cosas?... que harán esto por mí?

Y nos miraba con ansiedad inmensa que nos emocionó profundamente.

—D. Basilio, el caso no es para pensar en esas cosas; sin embargo, puede usted estar seguro de que su voluntad será sagrada para nosotros.

Irradiaron una luz vivísima a los ojillos del viejo, y como si aquel relámpago hubiera sido el destello de una vida próxima a extinguirse, oprimió mi mano débilmente, y con voz muy baja, con mucha lentitud, continuó:

—Aquí, debajo de la almohada, está la llave de ese armario. Guárdenla ustedes—y con sus manos temblorosas puso la llave entre las mías.—Cuando me muera, todo lo que hay allí quiero llevármelo conmigo... ¡todo! Son mis reliquias... sin valor para nadie, sagradas para mí... Yo pido á ustedes que lo que hay allí lo pongan en mi caja... ¿Lo harán ustedes?

Se lo prometimos, y el pobre viejo nos dirigió una mirada intensa de gratitud.

—Haremos más—le dijo Luis emocionado,—rezaremos por usted, pediremos á Dios por su vida.

Los ojillos del viejo se iluminaron nuevamente, sonrieron sus labios y, oprimiendo nuestras manos con toda la fuerza que pudo, murmuró con voz apenas perceptible:

—¡Por mi alma!

Todos los amigos de la tertulia nos constituimos en la casa al día siguiente. Y en tanto que unos iban á disponer lo necesario para el entierro y otros amortajaban el cadáver, Luis y yo fuimos á cumplir la última voluntad del difunto.

Abrimos el armario, y nuestra sorpresa y nuestra emoción fué indescriptible.

Estaba convertido en un altar. Apoyado en un Crucifijo de talla veíase un retrato de un jovencuelo como de unos veintidós años, de rostro hermoso y de mirada viva é inteligente. El retrato estaba rodeado de flores mustias y delante había una cajita con su llave puesta. Dentro de la caja un mechón de pelo rizado y algunos papeles era lo que con el retrato y las flores constituía las reliquias del viejo.

Todo lo colocamos cuidadosamente en el féretro.

* * *

La única comitiva que acompañó el cadáver fuimos nosotros, los muchachos de la tertulia. Sólo una corona se consagró á la memoria del pobre muerto: la nuestra, costeada á escote, en desagravio de la conducta observada con él cuando no podíamos sospechar la santa causa de la simpatía, del afecto que llevaba á aquel viejecillo hacia nosotros.

¿Oraciones?... Aunque no nos dijimos una palabra, yo estoy seguro de que todos rezamos un Padrenuestro por la paz de aquella alma noble, todos los impíos de la tertulia.

Que siempre que recordamos á D. Basilio nos apresuramos á cambiar de conversación, para no descubrirnos mutuamente que nuestros ojos se llenan de lágrimas.

E. Contreras y Camargo.

¡.....!

Á M. Mendes Branga.

Quien buscando conchas vaya
por el inmenso oceano,
tan sólo hallará á la mano
las que éste arroje á la playa.

Pero tú, de ilusión lleno,
con tanto afán has buscado,

que una concha has encontrado
con una perla en el seno.

Bien la puedes conservar;
procura bien no perderla,
porque una concha con perla
ya no se encuentra en el mar.

Gonzalo Cantó.